

berse éste resuelto á partir, ¿á quién pueden arrestar ya aquí?

—A vos—le contestó el justicier-quorum.

No cabe discusión con una estocada que os atraviesa de parte á parte. Maese Nicless cayó aterrorizado sobre un banco.

Levantó tanto la voz el justicier, que se hubiera podido oír desde la plaza, á haber público en ella.

—Maese Nicless Plumptre, dueño de la taberna, éste es el último punto que queda por arreglar. Al volatinero y al lobo se les arroja de aquí, como á vagabundos, pero vos sois el culpable. En vuestra casa y con vuestro consentimiento, ha sido violada la ley, y vos, hombre de orden é investido de responsabilidad pública, habéis permitido que se instalara el escándalo en vuestra casa. Queda retirada vuestra licencia, pagaréis una multa é iréis á la cárcel.

Los agentes de policía rodearon al tabernero.

—Apoderaos también de ese muchacho, que es su cómplice.

El puño de un agente cogió el cuello de Govicum, y éste le miraba con curiosidad. El muchacho estaba poco asustado, y al ver que sucedía una cosa tan extraña, se preguntaba á sí mismo si aquello era la continuación de la comedia.

El justicier-quorum, hundiéndose el sombrero y cruzando las dos manos sobre el vientre, añadió:

—Lo dicho, maese Nicless; os prendemos y os conducimos á la cárcel, á vos y al muchacho, y la posada Tadcaster quedará cerrada, condenada y sellada, para que sirva de ejemplo. Ahora podéis seguirnos.

LIBRO SEPTIMO

La Eva del abismo

I

EL DESPERTAR

¿Y Dea?...

Parecía á Gwynplaine, que miraba amaneecer en Corleone-lodge (mientras sucedían las aventuras que acabamos de relatar en la posada Tadcaster), que ese grito venía del exterior; pero ese grito salía de dentro de él. ¿Quién no ha oído los profundos clamores del alma?

Además, rayaba el día, y el alba es una voz. ¿De qué serviría el sol si no aprovechase para despertar la conciencia, esa sombra dormida?

La luz y la virtud son de igual especie.

Que Dios se llame Cristo ó que se llame Amor, existen momentos en que el hombre mejor le olvida, y todos necesitamos, hasta los santos, una voz que nos lo recuerde, y la aurora nos hace esta sublime advertencia. La conciencia nos grita cuando aparece el deber, como el gallo canta cuando aparece el día. El corazón humano es un caos que oye el *Fiat lux*.

Gwynplaine—seguiremos llamándole así, porque Clancharlie es un lord y Gwynplaine un hombre;— Gwynplaine resucitó, por decirlo así.

—¿Y Dea?—se preguntó.

Sintió en las venas como una transfusión generosa. Algo saludable y tumultuoso precipitábase en él. La irrupción violenta de las buenas ideas, es la vuelta á su casa de alguno que no tiene la llave y fuerza honradamente su propio domicilio; tiene que escalarlo.

—¡Dea! ¡Dea! ¡Dea!—se repetía apoyándose en su corazón, y preguntándose en alta voz.

—¿Dónde estás?

Asombrado de que no le respondiese, mirando el techo y las paredes en medio del extravío, en el que la razón iba á aparecer, repitió:

—¿Dónde estás? y yo, ¿dónde estoy?...

Por la cámara, por la jaula, principió á dar vueltas como fiera encerrada.

—¿Dónde estoy? En Windsor. ¿Y tú? En Southwark. ¡Dios mío, ésta es la primera vez que estamos separados! ¿Quién nos separa? Aquí yo y tú allá... Esto no puede ser y no será.

Después de una pausa prosiguió su monólogo en voz alta:

—¿Quién me habla de la Reina? Yo no la conozco. Me han cambiado de posición;

y ¿por qué? porque soy lord. ¿Sabes lo que sucede, Dea? Que tú eres mi lady. Pasan cosas asombrosas. Se trata de volver á encontrar mi camino. ¿Me habrán extraviado? Un hombre me habló con mucha obscuridad. Recuerdo que me dirigió estas palabras:—Milord, la puerta que se abre cierra otra puerta; lo que está detrás de vos ya no existe.—Yo debí responderle: — ¡Sois un cobarde!— porque ese miserable me decía todo eso cuando yo no estaba despierto aún; abusando de los primeros momentos de mi asombro, yo fui su presa. ¿Dónde se halla? que venga y le insultaré... Me hablaba sonriendo. Pero ya he vuelto en mí, y ahora es diferente. Están muy equivocados si creen han de hacer lo que quieran de lord Clancharlie. Seré par de Inglaterra, pero siendo Dea mi pairía. ¡Imponerme condiciones! Falta que yo las acepte. Me las impondrá la Reina. La Reina, ¿qué me importa? Yo no la he visto nunca. No soy lord para ser esclavo; quiero entrar libre en el poder. ¿Me han desencadenado para esto? Dea, Ursus, siempre estaremos juntos; era lo que vosotros, pues seréis lo que soy. ¡Venid!... No... Yo iré... y pronto, inmediatamente. Ya me habréis esperado demasiado tiempo. ¿Qué pensarán al ver que no vuelvo? Cuando reflexiono que le envié aquel dinero, que yo necesito... Ahora me acuerdo que me dijo aquel hombre que no podía salir de aquí. Ya lo veremos. ¡Venga un coche, venga un coche, que enganchen! Deseo ir á buscarlos. ¿Dónde están los criados? Debo tener criados, ya que soy señor. Soy el dueño del palacio, y torceré los cerrojos, romperé las cerraduras y destrozaré las puertas á puntapiés. Al que me impida el paso le atravesaré con mi espada, porque ahora tengo espada; desearía que me lo impidiesen. Tengo á mi mujer, que es Dea, y á mi padre, que es Ursus. Mi nombre es una diadema, y quiero ceñírsela á Dea. En seguida. ¡Dea, ya estoy aquí!... ¡Pronto habré atravesado el espacio que me separa de ella!...

Calló, y levantando el primer portier que halló á su paso, salió de la cámara impetuosamente. Se halló en un corredor, siguió adelante y se encontró con otro. Todas las puertas estaban abier-

tas, y siguió andando de cámara en cámara, de corredor en corredor, buscando la salida.

II

SEMEJANZA DE UN PALACIO CON UN BOSQUE

Corleone-lodge era un palacio á la italiana, según ya hemos dicho, y en los palacios de esta clase había pocas puertas y muchos cortinajes, portiers y mucha tapicería. En esta época todos ellos contenían infinidad de cámaras y de corredores, en los que abundaba el fausto, llenos de dorados, de mármoles, de candeladuras y de sedas de Oriente, formando rincones muy oscuros y rincones con gran claridad. Había gabinetes magníficos y alegres, de reluciente barniz, con loza de Holanda ó con azulejos de Portugal; con largas y altas ventanas, algunas de ellas todas acristaladas, y que eran hermosas linternas habitables. Los guardarropas ofrecían la forma caprichosa de cajas de bombones, y se llamaban los «pequeños aposentos.» En ellos se cometían los crímenes. Estos sitios eran á propósito para asesinar al Duque de Guisa y para extraviar á la hermosa presidenta de Sylvecane, y más tarde para ahogar los gritos de los jovencillos que robaba Lebel. Lugares complicados y laberínticos para los que entraban en ellos por vez primera; sitios seguros para conservar los raptos; fondo oscuro, donde se hundían las desapariciones. En esas elegantes cavernas, los Príncipes y los señores depositaban su botín: El Conde de Charolais escondía en ellos á madama Courchamp; M. de Monhulé ocultaba en ellas á la hija del arrendador de la Crois, Saint-Lenfroy; el Príncipe de Conti ocultaba en ellas á las dos hermosas panaderas de la Ille-Adam; el Duque de Buckingham á la pobre Pennywell, etcétera. Los hechos que allí se verificaban, eran los que la ley romana clasificaba de *vi, clam et precario*; esto es, que se realizaban por fuerza, en secreto y durante poco tiempo. El que allí entraba residía en esos sitios el tiempo que quería el capricho de su dueño. Esos sitios participa-

ban del claustro y del serrallo; escaleras interiores giraban ascendiendo y bajando. Espiral de cámaras, encajándose, os llevaba al sitio de la entrada. La galería finalizaba en un oratorio; el confesonario se ingería en una alcoba. Las ramificaciones del coral y los agujeros de las esponjas sirvieron tal vez de modelos á los arquitectos de «los pequeños aposentos» reales y señoriales, y eran laberínticos. Retratos que cubrían aberturas, ofrecían entradas y salidas. Allí había verdadera maquinaria, que era necesaria, porque se representaban dramas. Los pisos de esas colmenas llegaban desde las cuevas hasta las buhardillas. Madrépora caprichosa, incrustada en todos los palacios, comenzando por el de Versailles, y que servía como de habitación á los pigmeos en la morada de los Titanes, eran los corredores, los nidos, los alvéolos y los escondrijos; todas las clases de agujeros en que se ocultan las debilidades de los poderosos.

Esos sitios, serpenteantes y amurallados, despertaban ideas de varios juegos, del de los ojos vendados, del de coger las manos á tientas, del de la risa refrenada, la piu, etc., y á la vez hacía pensar en los Atridas, en los Plantagenets, en los Médicis, en los salvajes caballeros de Elz, en Rizzio, en Monaldeschi y en las espadas que persiguen á un fugitivo de cámara en cámara.

La antigüedad tenía también misteriosos sitios de esta clase, como lo prueba la muestra conservada debajo de tierra en ciertos sepulcros de Egipto; verbi gracia, en la cripta del rey Psamméticus, descubierta por Passalacqua. Se ve también en los antiguos poetas el sobresalto que les causaban las construcciones sospechosas.

Gwynplaine se hallaba en los pequeños aposentos de Corleone-lodge. Deseaba febrilmente salir de allí, verse fuera del palacio y volver á Dea. El entrelazamiento de corredores, de gabinetes, de puertas secretas y de puertas imprevistas le detenía y le desmayaba; deseaba correr y tenía que vagar perdido; creía haber ganado una puerta y tenía que destrenar una madeja: detrás de una cámara hallaba otra, pero en ninguna veía ni un ser viviente, ni observaba el me-

nor movimiento. A veces creía que volvía atrás; á veces creía que alguien avanzaba hasta él, pero no era nadie; era que él mismo se veía retratado en un espejo, con traje de lord; era un Gwynplaine inverosímil: reconocíase, pero no de pronto. Andaba, metiéndose por todos los pasajes que se le iban presentando, buscando en vano la salida. No la encontraba. No podía orientarse. Nada mareaba por la primera vez, y además el palacio era un laberinto. A cada paso una magnificencia le presentaba un obstáculo, como resistiéndose á que se fuese de allí; estaba cogido con la liga de las maravillas, que le retenían contra su voluntad. — ¡Qué horrible palacio!—exclamaba.

Y daba vueltas en el laberinto, preguntándose si le habían preso allí é irritándose por no poder respirar al aire libre. Al veces llamaba, pero inútilmente; nadie le respondía.

Fuego oculto mantenía en los corredores y en los gabinetes una temperatura de estío; parecía que un mago hubiese cogido el mes de junio y le hubiera encerrado dentro de ese laberinto. A veces se perfumaba el ambiente y le atravesaban bocanadas de aroma, como si allí hubiera flores invisibles. Hacía calor y estaba todo entapizado de tal manera, que por allí se pudiera pasear desnudos. Gwynplaine miraba por todas las ventanas y cambiaba de aspecto lo que veía. Ya divisaba jardines impregnados de la frescura de la primavera y de la mañana, ya otras fachadas con otras estatuas, ya patios á la española, ya un río, que era el Támesis, ya una gran torre, que era Windsor.

Era tan temprano todavía que por fuera no se oían transeuntes, aunque Gwynplaine se paraba y se ponía á escuchar.

— ¡Pues he de salir de aquí, he de ir á reunirme con Dea! Aquí no me detendrán á la fuerza. ¡Desgraciado del que me impida salir! ¡Dea! ¡Dea!

De pronto oyó un ligero ruido, parecido al del agua que mana. Estaba en una galería estrecha, oscura, y cerrada á algunos pasos delante de él, por una cortina partida por en medio. Separó la cortina y entró, penetrando en lo desconocido.

III

EVA

Gwynplaine se halló en una sala octógona, abovedada, en figura de asa de cesta, sin ventanas, alumbrada por el techo, cuyas paredes, piso y bóveda estaban revestidos de mármol amarillento; en medio de dicha sala había un baldaquín con el pináculo de mármol negro, cuyo baldaquín estaba sostenido por columnas torcidas del estilo pesado de Elisabeth, y cubría una pila de baño de mármol, negro también; un surtidor de agua olorosa y tibia llenaba con lentitud la pila, pila negra, dispuesta de ese color para hacer brillar en ella la blancura.

La caída de dicha agua era el murmullo que Gwynplaine oía.

En la sala no se veía mueble alguno, si se exceptúa que había al lado del baño una de esas sillas-camas, con cojines bastante largos para que una mujer que sobre ellos se extendiese pudiese tener á sus pies á su perro ó á su amante. De la frase *can-al-pie* se formó la palabra *canapé*. Pues allí había un canapé, sólo que era por debajo, de plata. Los almohadones eran de seda blanca. Al otro lado del baño se levantaba, pegado á la pared, un escaparate de *toilette*, de plata maciza, con todos sus utensilios, que tenía en su centro ocho pequeños espejos de lunas venecianas ajustadas en marco de plata y simulando una ventana.

En el plano cortado más inmediato al canapé, veíase entallada una abertura cuadrada, que se parecía á una ventana, y que estaba tapada con una tablilla formada por una lámina de plata rojiza; esta tablilla tenía goznes, como un postiguillo. Sobre la plata rojiza de la lámina brillaba una corona real dorada; encima había colgado un timbre.

Frente á frente de la entrada de la sala y de Gwynplaine, que se detuvo al entrar, se cortaba el plano de mármol y le reemplazaba una abertura de sus mismas dimensiones, que llegaba hasta la

bóveda y que estaba cerrada por una ancha y alta tela de plata; esta tela sutil era transparente y se veía á través de ella. En el centro de la tela, en el sitio en que ordinariamente se coloca la araña, Gwynplaine vió una cosa extraordinaria, una mujer desnuda.

Pero no desnuda al pie de la letra, porque estaba vestida de pies á cabeza; su vestidura consistía en una camisa muy larga, como las túnicas de los ángeles en los cuadros religiosos, pero era tan fina, que parecía que estaba mojada, y esta semi-desnudez de la mujer es más peligrosa y más traidora que la desnudez absoluta. La historia refiere procesiones de princesas y de grandes damas, entre dos filas de monjes, en las que, con el pretexto de llevar los pies descalzos para sufrir la humedad, la Duquesa de Montpensier se exhibía así por todo París, con camisa de encaje... pero con el correctivo de llevar un cirio en la mano.

La tela de plata, diáfana como un cristal, era una cortina que, estando únicamente fija por arriba, podía correrse, y separaba la sala de mármol, que era un cuarto de baño, de otra cámara, que era el gabinete de dormir; éste, diminuto, semejaba una gruta de espejos. Por todas partes lunas de Venecia, contiguas, ajustadas poliédricamente y encuadradas con varillas doradas, reflejaban el lecho, que ocupaba el centro. En esa lecho, que era de plata, como la *toilette*, y como el canapé, se hallaba acostada una mujer, que dormía. Dormía con la cabeza inclinada hacia atrás y rechazando con un pie el cubrecama; la almohada de guipure le había caído en tierra, sobre el tapiz.

Entre su desnudez y la mirada, interponíanse dos obstáculos, su camisa y la cortina de gasa de plata, esto es, dos transparencias. El gabinete, más alcoba que gabinete, estaba iluminado por el reflejo de la sala de baño. La mujer quizás no fuese pudorosa, pero lo era la luz.

El lecho no ostentaba columnas, ni dosel, ni nada encima, de suerte que, cuando la mujer acostada abría los ojos, podía verse reproducida mil veces en los espejos que brillaban encima de su cabeza.

Las sábanas y cubrecama manifestaban

el desorden de un sueño agitado; la belleza de sus pliegues denotaba la finura de las telas. Era aquella la época en que una Reina que se figuraba estar condenada, creía que era el infierno una cama hecha de groseras telas.

Por otra parte, la costumbre de acostarse á dormir casi desnudos, provenía de Italia y se remontaba hasta los romanos. *Sub clara nuda lucerna*—dice Horacio.

Una bata de seda singular, de China tal vez, entre cuyos pliegues se entreveía un lagarto de oro, estaba tendida sobre los pies de la cama. Más allá de ésta, en el fondo de la alcoba, debía haber una puerta secreta cuyas junturas marcaba un gran espejo, sobre el cual resaltaban pavos reales y cisnes pintados: en dicho oscuro departamento todo relucía.

En la cabecera de la cama había fijo un pupitre de plata con listones, que giraban, y con candeleros fijos, en el que se veía un libro abierto, cuya portada tenía este título, escrito con letras grandes y rojas: *Alcoramas Mahumedis*.

Gwynplaine no vió ninguno de estos detalles; la mujer era lo único que contemplaba. Estaba al mismo tiempo petrificado y trastornado, dos cosas que parece que se excluyen, pero era así.

Reconocía á aquella mujer, que estaba con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia él; era la Duquesa, ¡el ser misterioso que poseía todos los resplandores de lo desconocido, la que hizo brotar en él delirios inconcesables, la que le escribió tan extraña carta! La única mujer del mundo de la que Gwynplaine podía decir: Me ha visto y me desea. El la arrojó de su imaginación, quemó la carta y la relegó lo más lejos que le fué posible de su pensamiento y de su memoria, olvidándola casi completamente.

Volvió á verla y se le presentaba de un modo terrible, porque la mujer desnuda es una mujer armada.

Gwynplaine no podía respirar; sentíase como elevado sobre un nimbo y arrastrado hacia ella y no dejaba de mirarla. ¿Era posible encontrarse de esta manera á semejante mujer?

En el teatro era Duquesa y aquí era nereida, náyade, hada. Allá y aquí una aparición. Intentó huir, pero fueron inútiles sus esfuerzos; sus miradas eran para él

dos cadenas que le sujetaban á aquella visión.

¿Era cortesana? ¿era virgen?... Las dos cosas. Mesalina, acaso presente en lo invisible, debía sonreír, y Diana, velar. Aquella hermosura irradiaba la claridad de lo inaccesible, y no hay pureza comparable á su forma casta y altiva. La nieve que nadie ha tocado se conoce; la blancura sagrada de la Yungfran es la de aquella mujer. La divinidad de un sueño augusto se transpiraba de su frente inconsciente, de su cabellera suelta, de sus pestañas caídas, de sus azuladas venas, vagamente perceptibles, de la redondez escultural de los pechos, de las caderas y de las rodillas, que se adivinaban á través de la camisa. Esta impureza se disolvía en resplandecimiento, porque aquella criatura casi desnuda estaba tan tranquila, como si tuviese derecho á participar del cinismo de los dioses; se creía ser olímpica, hija del abismo, y poder llamar padre al Océano; y se mostraba, inabordable y soberbia, á las miradas, á los deseos, á los delirios y á las demencias de todo el que pasase, adormecida tan orgullosamente en aquel lecho, como Venus, entre espuma, en la inmensidad.

Se durmió por la noche y prolongaba su sueño hasta muy entrado el día, con confianza que comenzó en la obscuridad y que continuaba en la luz.

Gwynplaine, estremeciéndose, la admiraba. Admiración dañosa, que le interesaba demasiado y le causaba miedo.

La caja de sorpresas de la suerte nunca se agota, y Gwynplaine creía ya haberla agotado, pero en este momento comprendió su error. ¿Qué significaban aquellos relámpagos brillando sin cesar á sus ojos y lanzándole á él el rayo de una diosa dormida?... ¿Qué significaban aquellas aberturas sucesivas de cielo, de las que salía al fin el divino ideal deseado y temible? ¿Qué significaban las complacencias del tentador desconocido, que le juntaban, una después de otra, sus aspiraciones vagas, sus veleidades confusas con sus malos pensamientos transformados en carne viva, oprimiéndole con la embriagadora serie de realidades sacada de lo imposible? ¿Qué significaba su vértigo arreglado exprofeso? ¿Por qué se hallaba allí aquella mujer? ¿Por qué y cómo? No podía explicárselo. Ni comprendía

por qué estaban allí ella ni él. ¿Le hacían par de Inglaterra expresamente para esta Duquesa? ¿Quién los juntaba á los dos? ¿Quién era el engañado? ¿Quién era la víctima? Todo esto no lo veía Gwynplaine claramente, pero lo entreveía á través de las nubes que cruzaban por su cerebro. Obscuras fuerzas le agarrotaban misteriosamente y estaba encadenado y sin voluntad. Esta vez se creía que estaba loco irremediamente, y continuaba la sombría caída á pico en el precipicio del deslumbramiento.

Aquella deidad seguía durmiendo: el estado de Gwynplaine iba agravándose por instantes, y no veía ya á la lady, ni á la Duquesa, ni á la dama, sino á la mujer.

Las desviaciones existen en el hombre en estado latente. Los vicios tienen en nuestro organismo preparado una huella invisible, hasta cuando somos inocentes y puros en la apariencia. Estar sin mancha no es estar sin defecto. El amor es una ley. La voluptuosidad es una red; en ella existe la embriaguez y la borrachera; la embriaguez estriba en desear una mujer y la borrachera en deseárselas todas.

Gwynplaine, fuera de sí, temblaba. ¿Cómo resistir aquel encuentro? Allí no había excesos de ropa, ni *toilette* prolija y coqueta, ni exageración galante, que se muestra y que se oculta; allí no había ninguna nube; sólo veía la desnudez en su terrible concisión, una especie de suma misteriosa, descaradamente edénica. Eva siendo peor que Satanás. Lo humano y lo sobrehumano amalgamados. Extasis inquieto, que conduce al triunfo brutal del instinto contra el deber. El contorno soberano de la belleza es imperioso, y cuando sale de lo ideal y se digna ser real, aproximarse á él es funesto para el hombre.

Algunas veces, la Duquesa mudaba de sitio blandamente en la cama y adquiría los movimientos vagos del vapor en el azul del cielo, y cambiaba de actitud como la nube cambia de forma; ondulaba, componiendo y descomponiendo curvas encantadoras. La mujer posee todas las flexibilidades del agua, y como ésta, tenía la Duquesa un no sé qué de intangible, y ¡cosa extraordinaria! su carne era visible y permanecía siendo esa mujer quimérica. Gwynplaine, conturbado y pálido, la admiraba. Sentía pal-

pitir su pecho y creía oír la respiración de un fantasma. Sentíase atraído y se esforzaba por resistir á la atracción. ¿Qué hacer contra ella? ¿qué hacer contra él?

Cualquier cosa esperaba hallar Gwynplaine en el palacio menos esta tentación; un guardián feroz vigilando á la puerta, algún carcelero terrible con quien combatir; creía tropezar con Cancerbero y tropezaba con Hebe.

¿Cómo combatir con una mujer dormida?

Gwynplaine cerraba los ojos, deslumbrado por un exceso de luz; pero á través de los cerrados párpados, la entreveía más tenebrosa, pero más encantadora todavía.

Huir no era fácil; intentó y no pudo: al ir á retroceder, la tentación le clavó los pies en el piso; avanzar le era posible, retroceder, no. Los invisibles brazos de la falta salen del suelo y nos arrojan por la pendiente.

Que la emoción se gasta, es una de las vanalidades que todo el mundo acepta, y es una falsedad. Es como si se dijera que cayendo ácido nítrico gota á gota sobre una llaga, ésta se adormece y no duele. Lo cierto es que, á medida que se redobla, la sensación es más intensa.

Gwynplaine, de asombro en asombro, había llegado al paroxismo; su razón era una copa que este nuevo estupor hacía rebosar. Carecía de brújula; únicamente tenía la certidumbre de estar delante de una mujer, y la irremediable felicidad que entreveía parecía que iba á ser un naufragio, pero era incapaz de dirigir el rumbo; se lo impedían la corriente irresistible y el escollo; el escollo no era una roca, sino una sirena. El imán estaba en el fondo del abismo; quería Gwynplaine sustraerse á su atracción, pero no podía. No hallaba punto de apoyo. La fluctuación humana es infinita, y el hombre puede verse desamparado como el buque; su áncora es la conciencia, y la conciencia es un hecho lúgubre,—puede romperse.

A Gwynplaine no le quedaba siquiera el recurso extremo de decirse: Soy un hombre desfigurado y horroroso, ella me rechazará; porque aquella mujer le escribió que le amaba.

¡Era la Duquesa! la tenía ante él, en su alcoba, en sitio desierto, dormida, sola y entregada á discreción.

Se ve brillar una estrella en el espacio y

se la admira desde lejos, porque hay que temer de una estrella fija. Una noche se ve cómo cambia de sitio, y se percibe un estremecimiento de claridad á su alrededor. Este astro, que creímos impasible, se mueve, y ya no es estrella, es cometa: es el inmenso incendiario del cielo. El astro anda, crece y sacudiendo su cabellera de púrpura, adquiere magnitud inmensa. Se dirige á la parte donde estáis. ¡Oh, qué terror; viene hasta vosotros! el cometa os conoce y os desea. ¡Espantosa aproximación celeste! Os da demasiada luz y os ciega, porque el exceso de vida produce la muerte. Rechazáis el avance que os ofrece el cenit. Rechazáis las proposiciones amorosas del abismo. Os tapáis los ojos con las manos, os escondéis, os ocultáis y os figuráis salvados. Volvéis á abrir los ojos y os encontráis otra vez con la temible estrella, que ya no es estrella, sino mundo: mundo desconocido, mundo de lava y de ascuas, prodigio devorador de las profundidades que llena el cielo. El carbunclo del fondo del infinito, que es diamante desde lejos, es horno de cerca, y halláis entre sus llamas, conociendo que empuja vuestra combustión por un calor de paraíso.

IV

SATANÁS

De improviso la dormida se despertó, incorporándose con brusca majestad; su cabellera suelta se esparció sobre sus hombros, que su camisa caída descubrió; contempló un momento sus pies desnudos, dignos de ser adorados por Pericles y copiados por Fidias, y después se estiró y bostezó como una tigre cuando sale el sol.

Gwynplaine respiraba con esfuerzo, como cuando se retiene el aliento.

—¿Quién está ahí?—exclamó bostezando y con meloso acento.

Gwynplaine percibió su voz, que desconocía; voz encantadora, acento deliciosamente altivo, que tenía la entonación de la caricia atemperando el hábito del mando.

Al mismo tiempo, arrodillándose sobre la cama (existe una estatua antigua así arrodillada, formando pliegues transparentes), se atrajo la bata, se echó del lecho, y estuvo en pie, desnuda, el breve tiempo que se necesita para ver pasar una flecha, y se envolvió rápidamente en la bata; las mangas de ésta eran tan largas, que le ocultaban las manos.

Tiró hacia la espalda la mata de sus cabellos; se fué detrás de la cama, al fondo de la alcoba, y aplicó el oído al espejo, que sin duda alguna cubría una puerta; llamó al espejo con la diminuta curva que forma el dedo índice replegado, y dijo:

—¿Sois vos, lord David? ¿Pues qué hora es? ¿Eres tú, Barkilphedro? Viendo que no le respondían, se volvió hacia el otro lado.

—No, no es por esa parte—dijo.—¿Quién está en el cuarto del baño? Responedme, porque nadie puede entrar por ahí.

Se dirigió hacia la cortina de tela de plata, la recorrió y penetró en la cámara de mármol.

Gwynplaine sintió el irio de la agonía; era tarde para huir, y tampoco tenía fuerzas para esto. Deseaba que la tierra se abriera y le tragara; no podía impedir ya que le viese.

La Duquesa le vió y le miró, prodigiosamente asombrada, pero sin estremecerse, con una mezcla de felicidad y de desprecio.

—¡Calla—exclamó,—es Gwynplaine!

De súbito, dando un brinco violento, porque esa gata era una pantera, se arrojó á su cuello y le estrechó la cabeza entre sus brazos desnudos, porque en su arrebato se habían salido de las mangas.

De improviso rechazó á Gwynplaine, poniendo sobre los hombros de éste sus diminutas manos con fuerza, y frente á frente de él se puso á contemplarle con extrañeza. Gwynplaine miraba también la pupila negra y la pupila azul de la Duquesa, admirado de la doble fijeza de la mirada infernal y de la mirada celeste. Este hombre y esta mujer se comunicaban deslumbramiento siniestro, se fascinaban mutuamente, él por la deformidad, ella por la belleza.

Gwynplaine callaba como oprimido por un peso que se lo impedía; la Duquesa dijo:

—Tienes talento y por eso has sabido venir aquí. Supiste que me obligaron á salir de Londres y me has seguido. Has hecho bien. Es extraordinario que te halles aquí.

La toma recíproca de posesión da de repente la luz de un relámpago, y Gwynplaine, confusamente aconsejado por temor vago, salvaje y honrado, retrocedió; pero reteníanle las uñas rosadas que se crispaban en sus hombros, haciéndole comprender algo inexorable. Se hallaba en el antro de una mujer salvaje, él que era hombre salvaje también.

La Duquesa prosiguió hablando:

—La necia Ana, ya puedes comprender que me refiero á la Reina, me hizo venir á Windsor, sin saber por qué, y cuando vine estaba encerrada con el imbécil del canciller. ¿Pero cómo conseguiste llegar hasta mí? Eres lo que se llama un hombre. Para tí no hay obstáculos. Te llamé y has venido. ¿Sabes quién soy? Soy la Duquesa Josiana; creía que lo sabías. ¿Quién te ha introducido en el palacio? Mi groom, indudablemente; es muy inteligente. Le daré cien guineas. ¿Cómo te lo arreglaste para entrar? Dímelo; pero no me lo digas, no deseo saberlo. Las explicaciones empujéncen lo que se explica; prefiero las sorpresas. Eres tan monstruoso, que eres una maravilla. ¿Bajas del empuje, ó subes de tres estancias debajo de la tierra á través de la trapa del Erebo? ó el techo ó el piso se han abierto; ¿caes de las nubes ó asciendes entre una llamarada de azufre y así llegas hasta mí? Mereces entrar en mi morada como los dioses. No hay más que hablar, eres mi amante.

Gwynplaine, con el juicio extraviado, la oía y su resolución vacilaba. Era imposible que dudase ya. La realidad no podía ser más evidente; esta mujer corroboraba la carta que le escribió. ¡El, el amante de una Duquesa, y el amante escogido!... El orgullo inmenso de mil cabezas sombrías se agitó en su desdichado corazón.

La Duquesa prosiguió:

—Ya que vienes, es que quieres serlo, y yo no deseo otra cosa. Existe alguien arriba ó abajo que nos echa el uno en brazos del otro. Esponsales de la Stigia ó de la Aurora, esponsales desenrenados fuera de las leyes. El día que te vi, dije:—Es él, le reconozco. Es el monstruo de mis sueños, será mío.

Es necesario ayudar al destino. Por eso te escribí. Una pregunta, Gwynplaine; ¿crees en la predestinación? Yo creo desde que leí el *Sueño de Escipión*, de Cicerón. Calla, no me había fijado en ello. Vas vestido de gentil-hombre. ¿Por qué eso? ¿No eres saltimbanqui? Pues vistete como debes, que un volatinero vale tanto como un lord. ¿Qué crees que son los lores? Pues son clowns. Tienes figura hermosa, estás muy bien modelado. Es sorprendente que te encuentres aquí. ¿Cuándo viniste? ¿cuánto tiempo estás aquí? ¿Me has visto desnuda? Soy hermosa, ¿no es cierto? Iba á tomar el baño. ¡Yo te amo! ¿Leiste mi carta? ¿La leiste ó te la leyeron? ¿Sabes leer? Debes ser ignorante. Te hago preguntas, pero no me respondes. No me agrada tu voz, es demasiado dulce; eres un ser incomparable y no debías hablar, debías rechinar. Cantas armoniosamente, y eso es lo único que en tí no me agrada; todo lo demás en tí es formidable, es soberbio. En la India serías un dios. ¿Naciste con la risa espantosa que no se borra en tu semblante? ¿Verdad que no? Sin duda te la causó una mutilación penal; debes haber cometido algún crimen. Ven á mis brazos.

La Duquesa se dejó caer en el canapé é hizo caer á Gwynplaine junto á ella, hallándose uno al lado del otro sin saber cómo.

La gran señora, teniendo su mirada fija en Gwynplaine, exclamó, dirigiéndose á él:

—¡Qué felicidad es verme degradada estando á tu lado!... Ser siempre alteza es insípido: soy augusta y me fatiga el serlo; decaer hace descansar; estoy tan saturada de respeto, que me hace falta que me desprecien. Somos las grandes damas algo extravagantes, comenzando por Venus y Cleopatra, por la de Chevreuse y por la de Longueville, y terminando por mí. Me vanagloriaré de tí, ya lo verás. Mi amor ligero hará una contusión á la familia real de los Estuardos, á la que pertenezco. ¡Por fin respiro! Al cabo hallé la salida, y voy á verme fuera de la majestad. Salirme de mi esfera es ser libre; desafiarlo todo y romperlo todo es vivir. Escucha, yo te amo.

Se interrumpió para lanzar á Gwynplaine espantosa sonrisa, y continuó en seguida:

—Te amo, no sólo porque eres horroroso, sino porque eres un ser despreciable; mi entusiasmo en tí el monstruo y el histrión.

Tiene sabor extraordinario el amante humillado, bufón, grotesco y repugnante, que se expone para que la multitud se ría de él en la picota que se llama teatro; eso es morder una fruta del abismo, y un querido infamante es exquisito. Tener entre los dientes la manzana, no del paraíso, sino del infierno, es la tentación verdadera, y yo tengo esa hambre y esa sed, yo soy esa Eva, la Eva del abismo. Tú eres un demonio, probablemente sin saberlo. Me he conservado para la máscara de mis sueños. Tú eres un muñeco de cartón, al que un espectro tira del hilo; eres la visión de la gran risa infernal. Eres mi dueño y te aguardaba. Necesitaba un amor como el de las Medeas ó el de las Canidias. Estaba segura de que me sucedería alguna de las extrañas aventuras de la noche. Eres lo que yo deseaba. Te digo una serie de cosas que no debes comprender. Nadie me ha poseído, Gwynplaine, y me entrego á tí, pura como la brasa ardiente. No me creerás, pero tú ignoras que esto me es indiferente.

Gwynplaine murmuró:

—¡Señora!...

—¡Silencio, que te estoy contemplando!... Gwynplaine, soy mujer sin mancha, pero desenfrenada. Soy la vestal bacante. No me poseyó ningún hombre; podría ser la pitonisa de Delfos y apoyar el talón desnudo sobre el trípode de bronce, en el que los sacerdotes se apoyaban con los codos sobre la piel de Pitón para hacer sus preguntas al dios invisible. Mi corazón es de piedra, pero semejante á los guijarros misteriosos que el mar arrastra al pie de la roca Huntly Nabb, en la embocadura de la Thees, dentro de los que, cuando los rompen, se halla una serpiente; esta serpiente es mi amor. Amor todopoderoso, ya que te hizo venir mediando entre los dos una distancia imposible. Yo estaba en Sirius y tú estabas en Allioth: recorriste la desmesurada travesía y ya te hallas aquí. Me alegro. Tócame. Tócame.

La Duquesa se detuvo, estremeciéndose; después, sonriendo, continuó:

—Gwynplaine, soñar es crear; un deseo es un llamamiento. Forjar una quimera es provocar á la realidad. La sombra todopoderosa y terrible no quiere que

desconfiemos de ella, y satisface nuestros deseos y te trae á mi lado. ¿Me atreveré á perderme? Sí. ¿Me atreveré á ser tu querida? Con verdadero placer, porque, Gwynplaine, soy mujer, y la mujer es arcilla que quiere ser fango. Tengo necesidad de despreciarme á mí misma. Esto sazona el orgullo. La liga de la grandeza es la bajeza; nada se combina tan bien. Despréciame tú, á quien todos desprecian. Envilecerse con el envilecimiento es una voluptuosidad, y yo deseo coger la flor doble de la ignominia. ¿Sabes por qué te idolatro? porque te desprecio; estás tan por debajo de mí, que te tengo en un altar. Mezclar lo alto con lo bajo es producir el caos, y el caos me deleita. Todo principia y acaba por el caos. ¿Qué es el caos? un inmenso ensuciamiento; de él Dios sacó la luz y su cloaca formó el mundo. No sabes hasta qué punto soy perversa. Soy un astro petrificado en el fango.

Hablando de este modo, aquella mujer formidable mostraba desnudo por entre la ropa deshecha su torso de virgen.

Después continuó:

—Soy perra para tí y loba para todo el mundo; ¡cómo voy á asombrar!... ¡Me es muy agradable el asombro de los idiotas!... ¿No soy diosa? Pues Anfítrite se entregó al cíclope *Fluctivona Amphitrite*. ¿No soy hada? Urgelia se entregó á Bugryx, el andropstero, que tenía ocho manos. ¿No soy Princesa? Pues María Estuardo amó á Rizzio. Esas tres beldades se enamoraron de tres monstruos. Pero yo valgo más que ellas, porque tú eres más deforme que ellos. Hemos nacido el uno para el otro; Gwynplaine, tú eres monstruo por fuera y yo lo soy por dentro. Este es el motivo de mi amor, ó si deseas darle otro nombre, de mi capricho. Hay entre los dos afinidad sideral; uno y otro pertenecemos á la noche, tú por el rostro y yo por la inteligencia. En cuanto tú llegas, sale el alma fuera de mí, el alma que yo desconocía y que es sorprendente. Tu sola aproximación es suficiente para hacer salir una hidra de la diosa. Tú me revelas mi naturaleza verdadera, consigues que me descubra á mí misma. Ya ves que me parezco á tí. Mírate en mí como en un espejo; tu semblante es mi alma. No sa-

bía yo que era horrible hasta este extremo. ¡Soy también un monstruo!

La Duquesa, riendo como un niño, se aproximó á la almohada y le dijo en voz baja:

—¡Vas á ver una mujer loca!

Gwynplaine absorbió la mirada que ella le dirigió. Una mirada es á veces un filtro. La ropa de la Duquesa tenía desarreglos temibles. El éxtasis ciego y bestial dominaba á Gwynplaine; éxtasis que participaba de la agonía. Mientras hablaba aquella mujer, el saltimbanqui experimentaba sensaciones ardientes como el fuego y no se sentía con fuerzas para hablar. Ella, interrumpiéndose y contemplándole, le cogió bruscamente las dos manos, y le dijo:

—Gwynplaine, yo soy el trono y tú eres el tablado; caigo en él y soy feliz. Desearía que todo el mundo supiera hasta qué punto soy abyecta. Se prosternarían todavía más ante mí, porque el que más nos aborrece es el que más se arrastra. Así es el género humano. ¡Soy cínica como los dioses! No desmiento que soy la hija bastarda de un Rey y obro como Reina. ¿Qué era Rhodopa? Una Reina que amó á Phtéh, que era un hombre con cabeza de cocodrilo, y en honor de éste construyó la tercera pirámide. Pentésilea amó al centauro llamado Sagitario, que es una constelación, y Ana de Austria á Mazarino, que era muy feo. Pero tú no eres feo, eres deforme. La fealdad es una pequeñez y la deformidad una grandeza. Lo feo es la mueca que hace el diablo detrás de lo hermoso, y lo deforme es el reverso de lo sublime. El Olimpo tiene dos vertientes: una en la claridad, que produce á Apolo, y otra en la sombra, que crea á Polifemo. Tú eres un Titán; serías Behemoth en un bosque, Leviatán en el Océano y Tifón en la cloaca. Tú eres supremo. Parece que el rayo haya causado tu deformidad y que haya desarreglado tu fisonomía. Parece que hayas sufrido un cólico puñetazo de llama en el semblante, que al apagarse te lo petrificó. La vasta cólera de la obscuridad, en un acceso de rabia, enredó tu llama debajo de tu espantoso rostro sobrehumano. El infierno es brasero penal, donde se calienta el hierro rojo que se llama la fatalidad, y tú estás

marcado con ese hierro. Amarte es comprender lo que es grande. Yo logro ese triunfo. Te amo, y te he soñado muchas, muchísimas noches. Este palacio es mío. Te mostraré los jardines; hay en ellos manantiales que cubren las ramas y las hojas; hay grutas que convidan á abrazarse y grupos de mármol de Bernin. Hay multitud de flores; en la primavera hay un incendio de rosas. No sé si te he dicho que soy hermana de la Reina, pero haz de mí lo que desees, que he sido creada para que Júpiter me bese los pies y para que Satanás me escupa á la cara. ¿Qué religión profesas? Yo soy papista; mi padre, Jacobo II, murió en Francia rodeado de gran número de jesuitas. Nunca sentí lo que siento á tu lado. Desearía estar por la noche junto á ti, mientras tocase una música, pegados los dos á un mismo almohadón, debajo de la vela de púrpura de una galería de oro, en medio de las dulzuras infinitas del mar. Insúltame. Pégame, pégame.

Hay caricias que ruborizan, pero aquella mujer sabía combinar la fiereza con la gracia, y esta combinación producía un resultado trágico; ya enseñaba la garrá, ya la mano delicada. Idolatraba con insolencia, y sabía comunicar su locura con su lenguaje inexpresable, violento y tierno al mismo tiempo. Sus insultos no ofendían, porque ultrajaba lo que adoraba, y daba bofetones á lo que deificaba; su entonación imprimía á sus palabras, furiosas y enamoradas, cierta grandeza de Prometeo. Las fiestas de la gran diosa, que Esquilo cantó, daban á las mujeres que buscaban á los sátiros, á la luz de las estrellas, sombría rabia épica; sus paroxismos complicaban las danzas en la obscuridad, bajo las ramas de Dodona. Aquella mujer se transfiguraba, si es posible transfigurarse á la parte opuesta al cielo; sus cabellos estremecíanse, como la melena del león; sus ropas se cerraban y se abrían, y Gwynplaine desfilaba ante tentación tan irresistible.

—¡Yo te amo!—gritó aquella mujer.

Homero extendía nubes para que cubriesen á Júpiter y á Juno, que tal vez iban á ser necesarias para Gwynplaine y Josiana. Para Gwynplaine era exquisito ser querido de aquel modo por una mujer

que no era ciega, que le veía y que le oprimía los labios con la divina presión de los suyos. Perdía la memoria ante aquella gran señora, llena de enigmas, y hasta el recuerdo de Dea desvanecía-se en él.

¿Amaba Gwynplaine á la Duquesa? ¿Tiene el hombre, como el globo, dos polos? ¿Somos la esfera que da vueltas sobre eje inflexible, astro de lejos, fango de cerca, en la que el día y la noche alternan? ¿El corazón tiene dos lados: uno que ama en la parte luminosa, y otro que ama en la parte oscura, y en aquél la mujer es rayo y en éste cloaca? Siendo necesario el ángel, ¿será también necesario el demonio?

A pesar de esto, existe una voz interna que nos dice que es un crimen ser débiles. A Gwynplaine le combatían en aquellos instantes la carne, la vida, el espanto, la voluptuosidad, la embriaguez, que le abatía, y toda la vergüenza de que es capaz el orgullo.

¿Acaso iba á caer?

—Yo te amo—repitió Josiana, abrazando contra su pecho al volatinero jadeante.

De improviso, cerca de ellos, sonó vibrando una campanilla; era el timbre de la pared que tocaba. La Duquesa volvió la cabeza é interrogó: —¿Quién es?

Súbitamente, produciendo el ruido del resorte de una trampa, se abrió el pannean de plata que tenía incrustada la corona real, y apareció un torno forrado de terciopelo azul, que presentaba una carta en una fuente de oro. La carta era grande y cuadrada, colocada de modo que se pudiese divisar el sello, que estaba marcado sobre cera roja. El timbre seguía sonando.

El pannean abierto tocaba casi con el canapé donde se hallaban sentados los amantes. La Duquesa, reclinada y sosteniéndose, con un brazo, del cuello de Gwynplaine, extendió el otro brazo, cogió de la fuente la carta y empujó el pannean. El torno se cerró y cesó de sonar el timbre.

La Duquesa rompió la cera y el sobre, extrajo dos pliegos que contenía la carta y arrojó el sobre á los pies de Gwynplaine. A pesar de no estar entero el sello de la cera, éste pudo ver en él una corona real y debajo la letra A. Juntan-

do los dos trozos del sobre desgarrado, podía leerse esta dirección: *A su gracia la Duquesa Josiana.*

Los dos pliegos que tenía en las manos la gran señora, uno era un pergaminno y el otro una vitela; el pergaminno grande y la vitela pequeña. El pergaminno tenía el sello de cera verde de la cancellería. Palpitante la Duquesa y con los ojos extáticos, hizo un mohín imperceptible de fastidio.

—¿Qué será esto que me envía? Papeles viejos. ¡Qué fastidiosa es esa mujer!...

Dejando el pergaminno en el canapé, entreabrió la vitela.

—Es su letra—exclamó;—es la letra de mi hermana. Gwynplaine, antes te pregunté si sabías leer. ¿Sabes?

Gwynplaine hizo con la cabeza un signo afirmativo.

La Duquesa se extendió en el canapé, casi acostada: ocultó con cuidado los pies entre la bata y los brazos en las mangas, con caprichoso pudor, dejando entreabierto el seno; mirando con pasión á Gwynplaine y dándole la vitela, le dijo:

—Gwynplaine, ya que eres mío, empiezo á servirte. Léeme, amante mío, la carta que me escribe la Reina.

El saltimbanqui tomó la vitela, la desdobló, y con voz temblorosa leyó lo que sigue:

«Señora:

«Os enviamos la adjunta copia de un »proceso verbal, certificado y sellado por »nuestro servidor William-Cowper, lord- »canciller del reino de Inglaterra, de cuyo »proceso resulta la considerable particu- »laridad de que se ha hallado al hijo le- »gítimo de lord Lineus Clancharlie y que »se ha identificado su persona, que es la »conocida por el nombre de *Gwynplaine*, »dedicado á la vida ambulante y vaga- »bunda, entre saltimbanquis y volatine- »ros. Esta supresión de estado se remon- »ta hasta su más tierna edad; según dis- »ponen las leyes del reino, en virtud de »su derecho hereditario, lord Fernando »Clancharlie, hijo de lord Lineus, será »desde hoy mismo admitido y rehabilitado »en la Cámara de los Lores. Como prue- »ba del afecto que os profesamos, y de- »seando que conservéis la transmisión de

»los bienes y posesiones de los lores Clancharlie Hunerville, le substituiremos, respecto á vos, á lord David Dirry-Moir. Hemos hecho conducir á lord Fernando á vuestra residencia de Corleone-lodge, y mandamos y deseamos, como Reina y como hermana, que dicho lord Fernando Clancharlie, llamado hasta hoy Gwynplaine, sea vuestro marido y os casaréis con él, porque ésta es nuestra voluntad real.»

Mientras el volatinero leía, cambiando de entonación casi á cada palabra, la Duquesa, erguida en el canapé, escuchaba con la mirada fija en el lector. Cuando Gwynplaine concluyó la lectura de la carta, ella se la arrancó de las manos.

—ANA, REINA—dijo la Duquesa, leyendo la firma con entonación particular. Recogió del suelo el pergamino que había arrojado á él y lo leyó para sí. Era la declaración de los naufragos de la *Matutina*, copiada en proceso verbal, firmado por el sheriff de Southwark y por el lord-canciller.

Cuando concluyó la lectura del proceso verbal, releyó el mensaje de la Reina; después exclamó:

—¡Sea!

Y con calma, indicando con el dedo á Gwynplaine la puerta de la galería por la que penetró, le dijo:

—¡Salid!

Gwynplaine quedó petrificado y permaneció inmóvil.

La duquesa, con acento glacial, repuso:

—Ya que sois mi marido, salid.

Gwynplaine, sin poder pronunciar palabra, con los ojos inclinados al suelo como un culpable, no se movía.

La gran señora añadió:

—No tenéis derecho para estar aquí. Este es el sitio de mi amante.

Gwynplaine seguía clavado en tierra.

—Pues bien—dijo Josiana.—Si no os vais, me iré yo. Sois mi marido, ¡tanto mejor! Os aborrezco.

Se levantó, y lanzando á no sé quién en el espacio un altivo gesto de adiós, salió de la cámara.

El portier de la galería se cerró tras ella.

V

RECONOCERNOS SÍ, PERO CONOCERNOS NO

Gwynplaine quedó solo, solo ante la pila de baño tibio y ante el lecho deshecho.

La pulverización de sus ideas llegó á su colmo. Lo que pensaba no tenía la realidad del pensamiento; era una difusión, una dispersión, la angustia de hallarse en lo incomprendible. Había en él algo parecido al ¡sálvese el que pueda! de un sueño.

La entrada en mundos incomprendibles no es cosa muy sencilla. Desde la carta de la Duquesa que le entregó el *groom*, una serie de acontecimientos sorprendentes pasaban ante Gwynplaine, cada vez menos inteligibles. Hasta este momento soñaba, pero veía claro; desde ahora andaba á tientas. Ya no pensaba ni soñaba; sufría.

Gwynplaine permaneció sentado en el canapé, en el mismo sitio en que la Duquesa le dejó.

De improviso oyó en la obscuridad ruido de pasos de hombre; esos pasos procedían de la parte opuesta á la galería por donde salió la Duquesa, y se acercaban. Gwynplaine, á pesar de su abstracción, les prestó oído.

De súbito, á la parte de allá de la cortina de tela de plata, que la Duquesa dejó entreabierta, detrás de la cama, la puerta que era fácil sospechar que existía detrás del espejo, se abrió del todo, y una voz masculina y alegre, cantando, lanzó hasta la cámara de los espejos el estribillo de una antigua canción francesa.

*Trois petits goretis sur leur fumier
Juraient comme des porteurs de chaise.*

Penetró un hombre que llevaba la espada al cinto y en la mano un sombrero con plumas, con cordoncillo y escarapela, y que vestía traje de marino galoneado.

Gwynplaine levantóse al verle, como si un resorte le hubiera puesto en pie. Reconoció al que entraba y éste también á él; de los dos hombres, profundamente asombrados, se escapó al mismo tiempo este grito:

—¡Gwynplaine!

—¡Tom-Jim-Jack!

El hombre del sombrero de plumas se aproximó á Gwynplaine, que cruzó los brazos.

—¿Cómo te hallas aquí, Gwynplaine?—le interrogó.

—¿Y tú á qué vienes?—le preguntó á su vez el volatinero.

—¡Ah, ya comprendo! ¡Será un capricho de Josiana!... ¡No habrá podido resistir á la tentación de un saltimbanqui que es un monstruo! Te disfrazas para venir aquí, Gwynplaine.

—Y tú también, Tom-Jim-Jack.

—¿Qué significa ese traje de lord que vistes?

—¿Y qué significa ese traje de oficial de marina que llevas?

—No contesto á las preguntas, Gwynplaine.

—Ni yo, Tom-Jim-Jack.

—Yo no me llamo Tom-Jim-Jack.

—Tampoco yo me llamo ya Gwynplaine.

—Yo estoy en mi casa.

—El que está en su casa soy yo.

—Te prohibo que me hagas el eco. Si usas la ironía, yo usaré mi bastón. ¡Mide tus palabras, miserable!

Gwynplaine palideció.

—El miserable eres tú, y me darás satisfacción de ese insulto.

—En tu barracón, cuando gustes, y á puñetazos.

—Aquí y á estocadas.

—Amigo Gwynplaine, la espada únicamente es arma de gentiles-hombres y yo sólo me bato con mis iguales. Somos iguales ante los puños, pero desiguales ante la

espada. En la posada Tadcaster, Tom-Jim-Jack puede boxar con Gwynplaine, pero er Windsor es distinto. Es menester que sepas que soy contralmirante.

—Pues es necesario que no ignores que soy par de Inglaterra.

El contralmirante profirió estrepitosa carcajada.

—¿Y por qué no Rey?—exclamó.—Verdaderamente tienes razón, porque un histrión desempeña todos los papeles. Dime, si te place, que eres Teseo, Duque de Atenas.

—Soy par de Inglaterra, y nos batiremos.

—Tu farsa es ya pesada, Gwynplaine. No te burles de quien puede hacer que te azoten. Me llamó lord David Dirry-Moir.

—Y yo me llamo lord Fernando Clancharlie.

Lord David lanzó otra carcajada.

—Está bien discurrido que Gwynplaine sea lord Clancharlie, porque es indispensable ese título para poseer á Josiana. Escucha y te perdono. ¿Sabes por qué? Porque los dos somos sus amantes.

El portier de la galería se corrió y se oyó una voz que dijo:

—Caballeros, sois sus dos maridos.

Al oír esto los dos aludidos, volvieron la cabeza.

—¡Barkilphedro!—exclamó lord David.

Barkilphedro era, en efecto, y saludó sonriendo y profundamente á los dos lores.

Detrás de él, á pocos pasos de distancia, se veía á un gentil-hombre, de rostro respetuoso y severo, que llevaba en la mano una varilla negra. Avanzó dicho gentil-hombre, hizo tres reverencias á Gwynplaine, y le dijo:

—Milord, soy el ujier de la vara negra y vengo á buscar á vuestra señoría, en cumplimiento de las órdenes de su majestad.